

EL

ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA EPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena a un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Miércoles 28 de Julio.

El Eco de Cartagena

LA PROSPERIDAD DE BERLIN
DESPUES DE LA GUERRA.

Después de la guerra con los franceses, la capital de Prusia se transformó, ascendiendo en todo a la altura que habían determinado las inmensas victorias de la última campaña. La población creció prodigiosamente, el movimiento duplicó, la circulación comercial e industrial iba en gran aumento, la vida personal se refinaba, las costumbres se hacían más libres, la política se desarrollaba extensamente; de modo que si había más riqueza que antes, había también más expectativa de miseria, si había más altos capitales, había también más contingencia de bancarrotas de los pequeños; si había más recursos, había en cambio más necesidades, y las de primer orden estaban más caras. Afirma a Berlin lo que da vida a las grandes ciudades, a esos monstruos que se llaman Londres, París y Nueva-York; pero como venía de repente, sin haber dado tiempo a la nueva grande ciudad para que se preparase, de aquí que este movimiento haya perturbado fuertemente la vida general.

En efecto, el termómetro monetario de Berlin ha venido señalando desde la paz esta revolución financiera y ha dado un recrudecimiento de agitación que se ha hecho ya normal. Allí en la bolsa, decimos, ha de estudiarse la nueva historia de Berlin, allí está el secreto de la nueva grandeza y de las fluctuaciones que ha producido: en ningún archivo hallaremos más y mejores documentos que sirvan a imaginarnos la realidad. Entraremos en este palacio, donde no dejaremos de instruirnos y deleitarnos.

Los poetas, con un mecanismo ingenioso, se habren y cierran de continuo, haciendo un movimiento de rotación sobre sí mismas, que no

permite detenerse en los umbrales; y, una vez dentro, se presentan dos vastas salas adornadas de grandes pinturas al fresco; y bordadas por unas galerías con arcadas. Aquí tienen ya mis lectores algunos rasgos importantes del alemán: su ingenio e inteligencias mecánicas son las puertas, su amor a las bellas artes y los deseos de comodidad. En cada sala hay una tienda de comer y beber; de modo que el bolsista, al mismo tiempo que hace el negocio, puede echar un trago y tomar una tajada, cosa que se ve a cada momento. Esto constituye otro rasgo del carácter alemán. Las salas están divididas en palcos, cada uno de los cuales pertenece a una casa comercial, de la que lleva el nombre. Aquí tenéis el amor al orden de esta gente. Todo el edificio parece un templo. Todavía temetalsica nebulosa impera allí, apesar de los progresos de sus naturalistas.

La Bolsa se abrió al mediodía y se cierra a las dos; en punto lo primero, en punto también lo segundo. ¿Pero quien sería capaz de explicar lo que pasa en estas dos horas? Un campo de batalla quizá no daría idea de ello. Circula por las salas continuamente una gritería confusa, de la cual a veces arranca aullidos, óyese un ruido de pies y cuerpos que no cesa; vése un movimiento continuo de cuerpos, de cabezas, de masas y grupos, y si se penetra en la masa se pueden contemplar los detalles de hombres que conversan riendo, de hombres que gesticulan azorados, de otros que corren a almorzar ó refrescar, de aquí sale un grito, de allí una orden, una exclamación. En todos los puntos se observa el mismo afán, la misma sed de oro, las mismas contrariedades y alegrías, que se renuevan y se agitan bulliciosamente cada vez que se oye la voz oficial que da la cotización.

En efecto, los fastos de Alemania no nos habían dado todavía una idea aproximada de la ambición financiera que se ha apoderado allí de todo el mundo. Grandes y pequeños juegan, aunque hayan otros arbitrios. La nobleza sueña en centupli-

car sus rentas; los ministros en crearse una posición opulentísima; los generales en ser millonarios; los altos empleados en obtener y beneficiar concesiones; los negociantes en especular; los burgueses necesitados en reparar su mal estado; los escritores, los profesores, los sabios siguen el mismo movimiento; y así todo el mundo especula, todo el mundo se arriesga, y unos triunfan donde otros quedan enterrados. No hace mucho tiempo que se habló de algo parecido en la Bolsa de Viena.

En Berlin, tiene el mismo carácter con mayor intensidad y extensión, en algo se ha de conocer que la una representa a Austria y la otra a Alemania, que aquella llora la derrota de Sedowa y esta celebra el triunfo de Sedan.

Por desgracia, la sed de oro y el delirio de la especulación llevan lejos, y en Berlin han transformado bastante la moralidad de mucha gente; lo mismo entre los grandes que entre los pequeños. Se han ensayado muchas falsificaciones que han producido fortunas y condenas de presidio. En los últimos días de 1873 se puso preso al general Engen, ayudante de S. A. el gran duque de Sajonia, Meiningen, que había falsificado la firma de su principal y sacado de la caja, con ayuda de ella, como cosa de un millón y medio de reales. El duque corrió a Berlin para recobrar el dinero; mas hubo un escándalo en el país, y un disgusto profundo en la corte; pero el dinero ya estaba gastado y solo quedaba el general. Por este detalle juzgará el lector de lo restante.

Este afán requiere una explicación. El cobre de la indemnización francesa transformó los cerebros y la economía de Berlin y la gente, arrastrada por la entrada de tantas riquezas en el mercado, se lanzó a la especulación para conquistar una parte del botín. Todos los negocios hicieron un movimiento de concentración; a fin de aumentar los beneficios.

Abriéronse nuevas carnicerías, nuevas cervecerías, nuevas droguerías, nuevas tiendas de sastrería; de

ropas, de sedas, de modistas, todo organizado por capital en acciones; ó refundiéndose las que existían, reformándose del mismo modo, tanto para darles nuevo lustre como para que compitiesen con las otras en aparato y recursos. Fundáronse sociedades para abrir calles, para trazar canales, para construir casas, para hacer caminos. Los propietarios existentes, excitados por la demanda, daban a sus casas un carácter de valores mobiliarios, y los inquilinos se veían obligados a considerar los pisos como cosa del mismo género, y muchos se dedicaban a especular sobre ellos, alquilando y traspasando los alquileres mediante una prima. Todo este papel afluyó a la Bolsa oficial y a la privada, y ahí de las batallas, ahí de las victorias y de las derrotas, con su cortejo de opulencia y miseria.

Había casa que, no costando más allá de trescientos mil reales, llegó a venderse en un millón. En ocho meses el valor de toda la propiedad duplicó. Para que nuestros lectores se formen idea de este movimiento fabuloso, añadiremos que en la Bolsa oficial una casa llegó a cambiar seis veces de propietarios en dos horas; y que a veces sesenta personas se disputaban el precio de un cuarto piso, algunas de mala fé, para cotizar enseguida el alquiler.

El dinero se prestaba al 50, al 60 y hasta el 80 por 100. Las construcciones se sucedían con rapidez, y apenas había brazos para emprender las obras que se proyectaban. Los arquitectos, los maestros de obras, los mismos albañiles se hacían ricos: peon de albañil había que ganaba diariamente cinco thalers, es decir 18 pesetas y algunos centimos. Gente que antes no podía estrenar un vestido en dos temporadas, podía ir en carretela y tomar palco de primera en los teatros de primer orden.

Así es que de repente se levantaron en Berlin una infinidad de establecimientos que la revestían de magnitud y esplendor. Velantes cervecerías que parecían palacios, copábanse restaurantes tan imponentes